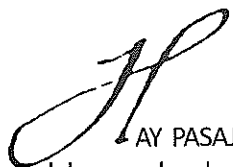


LAURA

René Rodríguez Soriano



AY PASAJES Y PAISAJES agazapados en algún baldío del recuerdo a los que, aunque uno sabe que existen —están allí—, jamás quisiera retornar. Por más de 20 años de compartir travesías y pasiones, Laura devino en algo así como el fiel escudero. Sabía, como nadie al borde de la línea; cruzarla, no cruzarla, según lo demandara la ocasión o circunstancia. Igual que yo, hay quienes coinciden en que la mayoría de los méritos que ayudaron a que el viejo estudio de Gascue se posicionara en el mapa, y ganara renombre y prestancia en el mercado nacional e internacional, realmente son de Laura. Ramón y otros colegas y amigos de los que recorrieron con nosotros cada rincón de la isla tras los más huidizos y escondidos tramos de luz y color, no se cansan de alabar su abnegación y entrega. Lo increíble de todo es que Laura jamás posó para mí; no existe una memoria gráfica de nuestras andanzas, una instantánea dentro o fuera del set; nada. Queda la impresión de que su presencia no fuera nada más que un nombre, alguien que como dice la canción, no está.

Lengua y lenguaje, limitadísimos implementos de expresión, se me deshacen en los dedos cada vez que intento describir la maravilla de sus ojos, su sonrisa, su andar; a pleno mediodía o en el mismo centro de la oscuridad, Laura brillaba con su propia luz. El movimiento de su pelo, un guiño, un manotazo al azar o la danza más depurada y sensual eran la misma cosa. Las palomas, los locos, los mendigos y los celadores, conocían al dedillo la cadencia de sus pasos sobre el empedrado de las calles de la Zona Colonial. Y los pintores y las canciones, llenos de luces y silencios, también. Sabían su historia. Esa otra historia que Amélie tartamudeaba llena de rencor. Sí, las dos hermanas. Las tres. La madre muerta y el padre alcoholizado y devastado por el mal de Parkinson. El fiscal; el fiero acusador de espalderos, asesinos y culpables en las postrimerías del trujillato. No es tan dulce como la pintan, decía Amélie. Tiene su historia; vira los ojos, lo incendia todo. Sí, puedes leer los tomos que salvaron del diario de la hermana que nunca regresó de París. Decía, sin dejar de advertirme y recordarme su origen, su casta, su alcurnia. Algo que, aunque no debía perder de vista, había tirado por la borda, tonta y llanamente. Me llamaba y no dejaba de acusarla, de culparla; ella, monga, sonreída, seguía jugando con sus palitos chinos de ensartar papel crepé y palomitas blancas de la ausencia. Dejaba rodar el disco y miraba hacia el vacío con los ojos sin

¿Qué hubiera sido de mi vida sin este nombre que pronuncio en el desierto?

Francisco Luis Bernárdez

fondo, sin documentos. Una noche, frente al mar, en una fogata improvisada ante mis ojos, y el temeroso asombro del dueño del sitio donde llegamos, ya casi cerrando a comprar el pescadito frito de su antojo para cenar, quemó todos sus recuerdos —los que se habían salvado de otras piras— y se metió a la mar y me enjugó con las cenizas lavadas por las olas. Tienen que irse de aquí, decía el dueño del puesto de frituras. No pueden venir aquí a hacer sus limpiezas, de ninguna manera. Tienen que irse, repetía.

Estoy de nuevo en el viejo San Juan; había quedado con Ramón acompañarlo para documentar su trabajo sobre el cimarronaje y los flujos migratorios en el Caribe hispano. De vez en cuando, sin mucha programación, coincidimos en este lugar lleno de libros, documentos, y quién sabe cuánta parafernalia de viajes y recaladas que se ha convertido en una especie de Club de Tobi¹, al que, de año en año, retornamos; cargamos las pilas, nos ponemos al día y pasamos balance del tiempo, los desencuentros y cómo se ha ensanchado el mundo desde que decidimos ir por caminos distintos. Yo seguí pateando calles tras los más oscuros rayos de la luz; él siguió el llamado de la ciencia, urgido en la tarea de buscar respuestas a más de un acertijo de los que nadan y naufragan en este “Mar del crimen y la esperanza”². Llegué primero al encuentro. Ramón tenía que cumplir algunos compromisos en Islas Turcas y Caicos. Así que a mi arribo, como siempre que paso por aquí, salgo a airear los pulmones y enjuagarme las retinas. Hago y deshago el mapa de los alrededores (de San Sebastián a Fortaleza, subiendo por San Justo y retornando, por Capilla, Tamarindo y del Toro hasta Luna, perdido en las tonalidades pasteles de sus balcones y el vivo intenso de maceteros, canteros y salientes). Siempre que habito estos contornos, la claridad y el cuidadoso trazado de calles y callejones me nutre; me insufla vida y me devuelve a otros tiempos, otros viajes. Otras huidas. Y mientras más camino y miro y entreveo por los portales, entretenido en los escudos, las losas y la caligrafía con la que fueron plasmados los nombres de las calles en las esquinas, zumban en mis oídos versos y melodías que lavan y restañan las heridas, los desplantes, los miedos y el hastío. Regreso a Luna 303, toda la luz de la tarde cae y se concentra en el azul cielo denso de unas paredes en las que la armonía ha decidido eternizarse para iluminar hasta los más apartados rincones, los momentos, los sonidos, el tiempo. Adentro

reina la paz y el blanco hueso cobra vida tan pronto abro las ventanas. Los tramos, los armarios y montones de cajas por doquier atesoran quién sabe cuántas dichas y desdichas. Ramón y yo, y no se sabe cuántos amigos más, hemos venido apilando tesoros, recuerdos y despojos. No puedo creer lo que me acabo de encontrar: una caja que hacía tiempo daba por perdida, parece que la dejé aquí en uno de mis viajes. Estaba llena de recuerdos: viejas fotos, correspondencia, catálogos y algunos libros de poesía. Qué bien, me dije. Quería leer poesía. Bañarme por dentro, qué se yo. Leer poesía. Afuera la gente vitoreaba porque la selección de Puerto Rico apabullaba a Venezuela en la Serie del Caribe, que a la sazón tenía lugar en Mazatlán, por el Pacífico.

Laura llegó una tarde de aguacero. Era julio, recuerdo, y yo casi concluía mi jornada de jueves. Sonó el teléfono y era Diana al otro lado. Qué haces, me pregunta. Tienes planes; total, tengas o no tengas, llama a este número. Alguien quiere hablarte, te conviene. Era Laura. Había visto mis fotos en la muestra recién cerrada en la Alianza Francesa. Leyó lo que había salido en las reseñas de los diarios y estaba interesada en hablar conmigo sobre el asunto. Cuándo podemos vernos, preguntó. Qué harás después que deje de llover, le solté. Vamos al Lumière, hay un ciclo de cine español. A ver qué sale. Vimos *Mararía*, de Betancor; creo que vimos todo el ciclo, y todos los que vendrían después. En principio, más de una noche, nos acompañó Amélie. Hasta que llenó el espacio de rositas de maíz y soda, y abandonó la sala abatiendo las alas, recociéndonos con improperios de engaño y de traición. Museos, galerías de arte y salas de concierto abrieron para nosotros sus más recónditos misterios; playas, bulevares y café conciertos dejaron de ser campo minado para un huracán y solitario fotógrafo que, desde que el mundo era mundo, no iba más allá del blanco y negro. Comenzaron a vernos juntos, a toda hora y todo el tiempo, dentro y fuera del plató. Viajamos.

Un libro de poesía perdido y reencontrado, sin lugar a dudas significa más que un simple libro con el que uno se encuentra más que de vez en cuando. Y este, sin lugar a dudas, es un libro con historia. Una historia que viaja y se interna en un tiempo lleno de interrogantes y fugas; de colores, mar y misterio. A *la pintura*, de Rafael Alberti, con una alegórica cubierta de Silvio Baldessari, es un libro que conecta de inmediato con mar, museos, pintura, colores; Picasso, Botticelli, Leonardo, Tiziano, la composición, los caballetes, paletas y pinceles; la música, la luz, cielos abiertos, y, sin lugar a dudas, Laura. Recuerdo haberlo adquirido a finales de los años 70; lo rescaté dentro del montón menos chamuscado por el fuego que dio al traste con la Librería Ágora. Estaba en remate junto a muchos otros libros de poesía (Neruda, Paz, Gironde, Eluard, y Pellicer). Tan pronto lo retomo, vuelvo sin demora a aquellos días; la calle Hostos, frente al parque lleno de palomas; Goico, muy joven todavía, hacía tanteos por desnudar faunos y

efebos en limpiísimos estrujados lienzos o cartones. Íbamos, comprábamos libros y ocultábamos otros tantos dentro del paquete. Jamás tuve el valor de salir sin pagar toda la selección (temía que me pasara lo de Arquímedes, a quien lo atraparon con casi el catálogo de la Biblioteca clásica y contemporánea de Losada debajo de la chaqueta). De estos incendios data este ejemplar que ahora ojeo y palpo con temblores. Es curioso lo que hace el tiempo con los libros, con sus páginas; además de engrosarlas ligeramente, las dota de esa especie de pátina amarillenta que, junto con la gracia y embrujo danzante que le otorga la tipografía, los vuelve más seductores ante los ojos de un lector ávido de nadar en sus aguas. Así me encuentro ante el hallazgo: seducido, perdido. Voy de la portada a la contraportada; de la simplicidad de los trazos de Baldessari a Puerto de Santa María, donde nació el poeta en 1902; su relación con la pintura, sus estudios en el Ateneo de Madrid y las polillas. Esos bichitos que jamás he podido ver faenando su doble ración nutritiva entre los libros. Genial, cómo perforan las páginas; a veces, como si se hubiesen puesto de acuerdo con el diseñador de la tapa, con pasmosa laboriosidad hacen filigranas con la composición, con el conjunto y, como en este caso, el hueco de la “p” les sirvió de objetivo para cruzar el libro de lado a lado. ¿Qué debió sentir Laura cuando lo tuvo entre sus manos?

¿Qué queda en las páginas de un libro, en todo su universo, dentro y fuera de él, cuando alguien muy especial lo toca, lo hace suyo? Sobre todo si es un libro tan cercano a ese ser, a su mundo, su aura. Laura amaba la pintura; de hecho, sé que en alguno de los tantos puertos donde aguardan mis anaqueles, mis cajones y valijas, conservo libretas con sus bocetos y apuntes. Amaba la poesía y los colores; los colores limpios, tenuemente tratados y trazados, como los que acaban de refrescarme el iris en mi reciente caminata por calles y callejones del Viejo San Juan; donde el morir soñando adormece un mamey que en nada chilla al colindar con rosa viejo o verde limoncillo o azul de tarde azul. Más que nada son frutales las paredes que se alternan con los espacios vacíos casi imperceptiblemente ocupados por negros y bien labrados enrejados y portones. De la Calle Fortaleza al Paseo de la Princesa hay todo un manual de historia que contar. Una muchacha alta, morena, camina; se detiene en Tetuán y mira. Mira que la siga. Reduce el paso. Algo siempre acontece en estas calles. Dice Ramón que era Anaisa, agradecida y feliz ante el homenaje que acababa de hacerle Garpeco con sus cuadros llenos de flores y misterios. No estoy seguro de que fuera ella, de lo que sí tengo constancia es que estos ojos, que se habrá de tragar la tierra vieron a la muchacha entrar en el salón, pasearse ante los cuadros y mirarme. Me miró. Y yo la miré y, desde ese instante, no le perdí ni pie ni pisada. Vi sus ojos, dos llagas que perforaban la noche. Toda de negro, de un negro que se transparentaba y dejaba ver sus bien definidas formas, avanzaba por entre la gente como si solo estuviéramos



Rosa del abismo, 1999. Óleo sobre lienzo, 32" x 24".

ella y yo. Amarillo Anaisa era el título de la individual de Tony y amarillas eran la flor y la pashmina que con todo garbo lucía la muchacha en medio de la noche. Al parecer, nadie más la advirtió. Es la impresión que tengo. Pero esa no es la historia. Eso fue hace tiempo. Tampoco la de Santo, aquí, en esta misma zona. César me llevó una noche a visitar ciertos altares. Tan pronto entré al salón plagado de imágenes y velas y velones, la fornida señora se quedó mirándome. Una nube extraña te ronda muy de cerca, me dijo. Alguien te ronda y no acaba de cruzar alguna puerta, un vacío, hijo mío. Una mujer de tu pasado que no acaba de salir, tus ojos. Necesitas, urgentemente, cerrar esa puerta, dejarla salir. Y mientras me escrutaba, casi me desnudaba con sus ojos penetrantes, trazaba símbolos ininteligibles en un trozo de papel y lo ponía en mis manos. Déjala ir, me repetía. César lo compuso todo. Fue al mercado, compró hojas y esencias de infinidad de cosas y uñas y pezuñas. No tuve más remedio que bañarme con aquel brebaje, montarme en el avión de regreso era la pena. Olía a rayos. Pero la historia es de este mundo, de este tiempo, de este instante. Es febrero, en Santo Domingo la gente, amarilla de la rabia, se queja por la pobre actuación de las Águilas. No pudieron lucírsela en una serie que pretenciosamente quiere representar todo el Caribe; excluyendo, por supuesto, algunas fichas que no encajan en el póker o ajedrez de la gran carpa que se lucra de unos gladiadores que, a fuer de esteroides, corcho y otros afeites, más que placer provocan risa. Aunque nunca fuimos al pley, tengo la certeza a Laura, si le importaban, habría apostado a los tigres del Licey. Quizá por el azul o por Monet.

De la infancia, Laura guardaba historias que iban de un sepia clarito a un todo color lavado y deslavado. Mientras viajábamos del bullicio y colorido de La Vega en carnaval al árido gris ajado de Bánica y Hondo Valle, me contaba por trasmano un breviarío del dolor y la infamia que el padre había vivido en las ergástulas de la tiranía trujillista. La cuarenta, los caliés, la delación burda y serrana; los paleros y los macheteros que a terror y dolo impusieron y fortalecieron la zapata del vesánico casi dios que manejó las riendas de los tres tercios de isla y más allá. Después, como premio, contaba, el melifluo heredero, Balaguer —el auriga de la página en blanco—, para mantener al padre fuera del escenario, le dio la oportunidad de educar a sus hijas a lomos de un avión y en otras tierras. Entonces —me contaba— se aferró a los tragos y quizás para aguantar el vómito y la rabia, fuera de su despacho, el Honorable Embajador despachaba los asuntos diplomáticos desde los predios mecánicos y buscavidas, en barrios de mala muerte. Y la poesía, el amor más grande, el retorno y la trampa. El viejo no aguantó. Laura tampoco aguantó y, aunque alcanzó las más altas calificaciones en la Escuela de Arquitectura, prefirió diseñarse un universo paralelo. Se voló. Igual que don Isael, a quien más de una vez, con el bastón en la mano derecha,

con una media azul, otra gris, y sus botines de otros tiempos, lustrosísimos, y sin otra indumentaria que la flacidez de sus casi 60, lo vimos tantear solitario tratando de encontrar por los rincones de la casa el bastón —blandiéndolo— que hacía poco había puesto ya ni recordaba donde. Pero quedaban la poesía, las noches compartidas y más de un mapa y una que otra contraseña de conciertos, de catálogos. Material para otras purgas, otras fogatas. Como el de Juana, el código de Laura, irremediabilmente era el fuego. No lo dudo.

A Picasso está dedicado *A la pintura* de Rafael Alberti. Además de la perforación que cruza todo el círculo en blanco de la “p”, desde la tapa a la contratapa, las primeras 29 páginas del libro, en la parte inferior izquierda han sido perforadas desde afuera hacia adentro —un corte casi perfecto de media pulgada exactamente— y, también desde la primera hasta la trece, un extraño doblez con tres vueltas como de origami, ¿el azar o Laura y sus pajaritas de papel? Rara vez, que yo tenga memoria, los libros empiezan por una página impar y esta es una de las excepciones:

“Mil novecientos diecisiete.

Mi adolescencia: la locura...”³

Tuvo que ser en uno de esos viajes, los oficiales de Aduanas de la Isla del Encanto son todo lo contrario. Dejé esta caja llena de recuerdos. Después, de vez en cuando, pasaba por aquí y salía a las calles; más de una vez me aventuré a bajar hasta La Perla. Buscando liberarme o encontrarme de ni se sabe qué. Laura había partido mucho antes. Ella se quedó. Era otra forma de partir. Nos volvimos a ver y algún café medió en nuestros diálogos que ya no eran más que niebla y vacío. Se quedó con un Maquiavelo de Cestero; yo, a cambio, traje conmigo un sin rostro de Amélie que ella odiaba. Creo que Amélie, con sus violines y sus tules, también se fue; dice Ramón que se quedó en alguna de las noches del Soho de la Zona Universitaria, tarareando melodías, postalitas. Diana, como la Diana del Fantasma, sigue ahí. Más de una vez, luego de conectarnos, nos rescató. Una de esas veces, recuerdo, vino con los doctores y la inyectaron y me ayudó a cubrirla porque Laura se negaba a retornar.

Más allá del balcón y los tejados, la tarde aparenta tener ánimos de encapotarse. Sigo leyendo, naufragando en estas páginas que ya no son de Alberti; pertenecen a Laura, son suyas desde el momento en que sus manos y sus ojos transitaron su cromática, su mundo. ¡Sorpresa! Entre las páginas 26 y 27 Laura está, con la misma ropa que se retrató para la licencia de conducir. La miro y no lo creo. La sonrisa, los pendientes y la mirada que conozco. Frente a mí, con su blusita floreada, sus labios rojo vino, los hoyuelos en los pómulos; ni siquiera para posar se descolgó del hombro el bolso. Imagino que cerraba el puño, que tenía prisa por salir. Desde hacía rato la urgía el

hastío. Pero no es todo. En la parte inferior de la página 27, donde Alberti, con el verso que nombra a una “pálida Venus sin camisa”, culmina el poema que inicia en la 26, Laura, con letra menuda, redonda, casi flotando sobre el amarillento papel, anotó:

“Estar enamorado, amigos, es encontrar el nombre justo de la vida.

Es dar al fin con la palabra que para hacer frente a la muerte se precisa”.

Suena el teléfono. Diana me dice que luego de tres días desaparecida, encontraron a Laura en las escaleras del departamento de su fenecido padre. Salgo al balcón y miro hacia donde se supone que está el mar. De repente, el cielo se derrama en llanto. Llueve que es un asco, y unos pájaros negros pican lo poco de sol que apenas padece en los recodos de la tarde. Anoche hizo un viento que augura tormentas. Ramón llamó y piensa que su estancia por las islas se prolongará hasta no se sabe cuándo.

REFERENCIAS

1 Tobi Tapia: (10 Años) Niño gordo con sombrero de marinero, líder del grupo de niños que tiene en su club el lema escrito en la pared: “No se admiten mujeres”. En ocasiones asume una actitud detectivesca para resolver pequeños embrollos en la casa de Lulú. [Henderson Buell, Marjorie. *La pequeña Lulú*, 1935].

2 “Mar del crimen y de la esperanza, en él han hecho surcos los más espantables criminales del Nuevo Mundo, pero también han florecido los más espléndidos tipos humanos que ha producido América Latina. En sus tierras abundan los volcanes, y a la vez los valles de hermosura incomparable...” [Bosch, Juan. *Póker de espanto en el Caribe*. Editora Alfa & Omega. 2da. Edición, Santo Domingo, RD, 1988. Pág. 216].

3 Alberti, Rafael Alberti, Rafael. «1917» *A la pintura (Poema del color y la línea*, 1945-1952). Editorial Losada. 3ra. Edición.